

1 Samuel 3:1-10

Sermón 1 Samuel 3:1-10 Epifanía 2 2015

“El joven Samuel servía a Jehová en presencia de Elí; en aquellos días escaseaba la palabra de Jehová y no eran frecuentes las visiones. Un día estaba Elí acostado en su aposento, cuando sus ojos comenzaban a oscurecerse de modo que no podía ver. Samuel estaba durmiendo en el templo de Jehová, donde se encontraba el Arca de Dios; y antes que la lámpara de Dios fuera apagada, Jehová llamó a Samuel. Este respondió: «Heme aquí». Y corriendo luego adonde estaba Elí, dijo: —Heme aquí; ¿para qué me llamaste? —Yo no he llamado; vuelve y acuéstate—respondió Elí. Él se fue y se acostó. Jehová volvió a llamar a Samuel. Se levantó Samuel, vino adonde estaba Elí y le dijo: —Heme aquí; ¿para qué me has llamado? —Hijo mío, yo no he llamado; vuelve y acuéstate—le respondió Elí. Samuel no había conocido aún a Jehová, ni la palabra de Jehová le había sido revelada. Jehová, pues, llamó por tercera vez a Samuel. Y él se levantó, vino ante Elí, y le dijo: —Heme aquí; ¿para qué me has llamado? Entonces entendió Elí que Jehová llamaba al joven, y le dijo: —Ve y acuéstate; y si te llama, di: “Habla, Jehová, que tu siervo escucha”. Así se fue Samuel y se acostó en su lugar. Vino Jehová, se paró y llamó como las otras veces: —¡Samuel, Samuel! Entonces Samuel dijo: —Habla, que tu siervo escucha.” (1 Samuel 3:1–10)

Eran días difíciles para Israel. Era un tiempo en que muchos no prestaban atención a la palabra que Dios había revelado a Moisés. Tal vez eso en sí contribuía a la situación que se describe al comienzo de nuestro texto: *“en aquellos días escaseaba la palabra de Jehová y no eran frecuentes las visiones”*. La verdad es que no es automático que la palabra de Dios siempre vaya a estar disponible. Años después cuando Israel una vez más estaba rechazando la palabra del Señor, él advirtió otra vez a través del profeta Amós de una escasez de la palabra de Dios. Dijo: *“Ciertamente vienen días, dice Jehová, el Señor, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová. E irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente andarán buscando palabra de Jehová, y no la hallarán.” (Amós 8:11–12)*

Con la ayuda de nuestro texto y algo del contexto antes y después de él, consideraremos las actitudes que los hombres pueden tomar hacia la palabra de Dios, y las consecuencias de esas actitudes.

El tiempo es el fin del período de los Jueces en Israel. A través de todo el período, Israel repetidamente había abandonado el culto al Dios verdadero que les había dado la tierra de Israel, y habían seguido a otros dioses. Y Dios repetidamente había entregado a ellos al dominio de los paganos alrededor en castigo por su apostasía. Sin embargo, cuando en su aflicción volvían al Señor y pedían liberación, el Señor les enviaba en su gracia jueces que los libraban de sus enemigos. Seguiría un período de fidelidad, y otra vez se cansaban de servir a Jehová. En el tiempo cuando Samuel crecía se veía claramente que la infidelidad otra vez estaba apoderándose de líderes y pueblo.

Se puede ver en la actitud de los dos hijos del Sumo Sacerdote, Elí. Eran también sacerdotes por herencia. Pero no tenían ningún aprecio por la gracia que Dios les mostraba en permitir que sirvieran en tal alto oficio. No apreciaban la gracia de Dios en permitir el sistema de sacrificios que retrataba al pueblo del Antiguo Testamento el gran sacrificio que Jesucristo, el verdadero Sumo Sacerdote, ofrecería para los pecados del mundo. ¿Cómo se manifestaba este desprecio? Por una parte, *“era costumbre de los sacerdotes con el pueblo, que cuando alguien ofrecía sacrificio, mientras se cocía la carne, venía el criado del sacerdote trayendo en su mano un garfio de tres dientes y lo metía en el perol, en la olla, en el caldero o en la marmita; y todo lo que sacaba el garfio, el sacerdote lo tomaba para sí. De esta manera hacían con todo israelita que venía a Silo. Asimismo, antes de quemar la grasa, venía el criado del sacerdote y decía al que sacrificaba: «Dame carne para asársela al sacerdote; porque no aceptará de ti carne cocida sino cruda».*” (1 Samuel 2:13–15). No se prestaba atención a cuáles partes o en qué estado los sacerdotes tenían derecho a participar en lo sacrificado. Si el que trajo el sacrificio objetaba que no era conforme a los reglamentos divinos para los sacrificios, amenazaban tomar lo que querían por la fuerza. *“Y si el hombre le respondía: «Hay que quemar la grasa primero, y después toma tanto como quieras», él decía: «No, dámela ahora mismo; de otra manera la tomaré por la fuerza».*” (1 Samuel 2:16). El narrador identifica el mal que exigía arrepentimiento. *“Así pues, el pecado de estos ayudantes era muy grande ante*

Jehová, porque menospreciaban las ofrendas de Jehová” (1 Samuel 2:17). Eso explica el veredicto con que se abría ese pasaje del libro de Samuel: “Los hijos de Elí eran hombres impíos, que no tenían conocimiento de Jehová” (1 Samuel 2:12).

No era una cosa leve cambiar lo que Dios había instituido. ¿Cómo iban a estar los adoradores seguros de los beneficios prometidos de los sacrificios si no se hacían conforme a lo que Dios había mandado? Pueden compararlo con alguien que insistiera en que no importa lo que indica la Biblia, yo voy a celebrar la Santa Cena con jugo de naranja y hojuelas de avena. ¿Dónde habría el consuelo de la presencia del cuerpo y la sangre de Cristo para el perdón de los pecados?

¡Pero había más! Se oye también que esos sacerdotes se dormían con (tenían relaciones sexuales con) las mujeres que velaban a la puerta del Tabernáculo de Reunión. Así que familias piadosas que venían para sacrificar también tenían que temer por la virginidad de sus hijas a manos de esos malos sacerdotes. No era la mejor forma de incentivar la fidelidad al Señor y la participación en los sacrificios.

Su anciano padre Elí, el sumo sacerdote, les advertía, aunque no con la severidad que exigía el caso. Les dijo: “«¿Por qué hacéis cosas semejantes? Oigo hablar a todo este pueblo vuestro mal proceder. No, hijos míos, porque no es buena fama la que yo oigo, pues hacéis pecar al pueblo de Jehová.” (1 Samuel 2:23–24). Pero no hacían caso, y Elí no hizo más para corregir la situación, de modo que Dios envió un mensaje por medio de un profeta sin nombre, advirtiendo que la casa de Elí perecería, y la señal sería la muerte de los dos hijos de Elí en un solo día.

Pero en toda esta imagen sombría de la situación religiosa en Israel en esa época, escuchamos también de otro joven, Samuel, que servía delante de Jehová. “*El joven Samuel servía a Jehová en presencia de Elí*” (1 Samuel 3:1).

Aunque no había habido muchas revelaciones o visiones de Dios últimamente, en parte debido a la desobediencia de la familia de Elí, Dios ahora en su gracia y en fidelidad a las promesas que había hecho al pueblo de Israel habla a Samuel. Aunque él no reconoce inmediatamente que es Jehová que lo está llamando, vemos su disposición en que tan pronto que oye su nombre, se levanta sin más y corre a Elí. Piensa que él debe estarlo llamando, de modo que va para recibir sus instrucciones, a pesar de que sea antes que se apague el candelero en el templo, o sea,

cuando se acerca la madrugada. *“Este respondió: «Heme aquí». Y corriendo luego adonde estaba Elí, dijo: —Heme aquí; ¿para qué me llamaste?”* Reconoce que Elí tiene autoridad sobre él por mandato de Dios, de modo que al servir fielmente a Elí, y estar dispuesto a recibir sus instrucciones de él, sirve también a Dios. ¡Qué diferente la actitud de Samuel que la de los hijos de Elí, que no hicieron caso ni cuando Elí les habló directamente la palabra de Dios!

A Elí tampoco se le ocurre que Jehová es el que llamó. Piensa que el joven Samuel haya tenido un sueño muy vívido o algo así. Así que le dice: *“Yo no he llamado; vuelve y acuéstate”*. Cuando Dios vuelve a llamar dos veces más, vemos la misma presteza de Samuel a servir. No dice: Esto ya me fastidia, o algo así. En los dos casos, va otra vez a Elí y le dice. *“Heme aquí; ¿para qué me has llamado”*. El autor explica: *“Samuel no había conocido aún a Jehová, ni la palabra de Jehová le había sido revelada”*. No quiere decir que no le hacía caso a Jehová, como fue el caso con los hijos de Elí cuando se dijo lo mismo acerca de ellos, sino más bien, como el paralelo lo indica, no había recibido una revelación directa de Dios antes, de modo que pudiera reconocer lo que estaba sucediendo.

La tercera vez Elí se da cuenta que tal vez Jehová está hablando a Samuel, así que le da las instrucciones: *“Ve y acuéstate; y si te llama, di: “Habla, Jehová, que tu siervo escucha”*. A pesar de su propia ceguera no sólo física, sino espiritual, no podría haber dado mejor consejo. Cuando Dios habla, la fe y la obediencia es lo único apropiado. Sólo eso traerá la bendición de Dios.

Samuel también siguió esa instrucción. Cuando por cuarta vez escucha: *“¡Samuel, Samuel!”*, su respuesta es: *“Habla, que tu siervo escucha”*.

Jehová en su misericordia quiere volver a comunicarse con este pueblo. Samuel será su profeta. Su primera revelación será difícil de compartir. Es una repetición del mensaje de juicio que Dios ya había enviado a la casa de Elí por medio del hombre de Dios en el capítulo 2. *“Dijo Jehová a Samuel: —Yo haré una cosa en Israel que a quien la oiga le zumbarán ambos oídos. Aquel día yo cumpliré contra Elí todas las cosas que he dicho sobre su casa, desde el principio hasta el fin. Y le mostraré que yo juzgaré su casa para siempre, por la iniquidad que él sabe; porque sus hijos han blasfemado contra Dios y él no se lo ha impedido. Por tanto, yo he jurado a la casa de Elí que la*

iniquidad de su casa no será expiada jamás, ni con sacrificios ni con ofrendas” (1 Samuel 3:11–14).

Se entiende que Samuel siente cierto temor de revelar este mensaje a Elí en la mañana. Pero Elí mismo insiste en que le diga todo, y hasta lo pone bajo juramento, de modo que repite todo lo que Dios le ha dicho. Y esto es también lo que corresponde a los que escuchan lo que la palabra de Dios dice. Se debe también comunicar fielmente todo lo que Dios ha revelado en su palabra. Elí recibió el mensaje con sumisión y resignación. “Él es Jehová; que haga lo que mejor le parezca”. No siempre se recibe de igual forma el mensaje, pero sigue siendo la tarea de todos los que son llamados a proclamar la palabra de Dios que deben hacerlo con fidelidad. En 2 Corintios, Pablo también dijo: *“pues no somos como muchos que se benefician falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo” (2 Cor 2:17).* Y Pedro escribe: *“Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios” (1 Ped 4:11).*

La fiel proclamación de la palabra de Dios. Es lo que el pueblo de Dios necesitaba. Y escuchamos que *“Samuel crecía y Jehová estaba con él; y no dejó sin cumplir ninguna de sus palabras. Todo Israel, desde Dan hasta Beerseba, supo que Samuel era fiel profeta de Jehová. Y Jehová volvió a aparecer en Silo, porque en Silo se manifestaba a Samuel la palabra de Jehová” (1 Samuel 3:19–21).*

Es lo que necesita el pueblo de Dios ahora también. Oren para que sus pastores y maestros sean fieles en servir a Dios como Samuel. Y abran sus oídos y corazones para recibir y obedecer la palabra de Dios, como lo hizo Samuel. Con esa actitud se evitará lo que se advirtió al principio del sermón, la hambruna de la palabra de Dios. Que Dios nos mantenga, tanto como predicadores y como oyentes, fieles, siempre listos a decir: Habla, Señor, porque tu siervo escucha. Amén.